

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

LA PAZ.

«Pax vobis.
JOANN. XX.
Paz á vosotros.

Dos diluvios envió el Señor sobre el mundo manchado con todo género de impurezas, y rebelado contra la ley divina, ley purísima, santa inmaculada que trasfigura las almas, y civiliza á las naciones: el diluvio de agua en tiempo de Noé y el diluvio de sangre divina en la plenitud de los tiempos. El primero fué causado por la justicia de Dios, y el segundo por su infinita misericordia. En el primero no se salvaron mas que ocho personas, y en el segundo se salvó todo el género humano. Es de notar que terminados esos dos espectáculos de la justicia divina, se nos ofrece en prenda de reconciliacion la

paz, el bien de la paz, la paz de Dios con los hombres. Despues del primer cataclismo vuelve la paloma al arca con un ramo verde de oliva como señal de haberse aplacado la ira de Dios. Despues del diluvio de sangre, vertida desde lo alto de la Cruz sobre el género humano, Jesucristo, pacificador universal se presenta á sus discipulos con la oliva de la nueva paz, y sus palabras son de paz, y de paz son sus saludos, y manda á sus discipulos que lleven á todas partes el rico don de la paz. «Cuando entreis en una casa decid: *Sea la paz en esta casa* (1).

La paz es el fruto de la Cruz, la gloria del Catolicismo, la dicha del hombre y la necesidad mas apremiante de los pueblos. La

(1) LUC. X, 5.

paz es según Filón un bien divino, superior á todos los bienes (1).

El reinado de la paz lleva como lucido cortejo todos los bienes, pues á decirlo con S. Agustín, ella es la que mata las guerras, destruye las rivalidades, aplaca las iras, humilla á los soberbios, enalza á los humildes, reconcilia á los discordes, desarma á los enemigos, de nadie es enemiga, y de todos es luz apacible, consuelo inefable y dicha verdadera (2). Hablemos, pues, de la paz, y expongamos la excelencia de este don divino, su carácter, y su necesidad.

La gloria de Jesucristo consiste especialmente en haber traído la paz del hombre con Dios, la paz del hombre con el prójimo y la paz del hombre consigo mismo. Veamos en qué consiste y cómo se restablece la paz del hombre con Dios.

La paz es tan amada de Dios que él mismo se complace en llamarse *Dios de paz*. «El Dios de la paz, dice el Apóstol á los Romanos, sea con todos vosotros» (3). «El Dios de la paz quebrante la

audacia de Satanás» (1). No se llama Dios del poder, Dios de la Magestad, Dios de la justicia, sino que á manera de los reyes que poseyendo muchos reinos, llevan el título de aquel que es mas célebre, mas rico y poderoso, prefiere á todos sus atributos y ama sobre todos sus nombres el dulcísimo nombre de *Dios de paz*. Siendo, pues, nuestro Señor un Dios de paz, ¿cómo se explican las guerras, las calamidades, los castigos con que amenaza á los mortales? ¿Cómo entendemos esas frases bíblicas que nos muestran á Dios irritado contra la tierra, lleno de furor contra el hombre, y armado de saetas para herirle? Todo se explica por el pecado.

El hombre se rebela contra Dios, blasfema su santo nombre, quebranta su ley, desprecia sus bondades, y le declara una guerra tan sacrílega como insensata. Entonces atrae sobre su cabeza las iras de Dios. Obligado, provocado y aún retado el Señor de los ejércitos por el hombre ingrato y soberbio, empuña la espada de la justicia para castigar las humanas prevaricaciones y restablecer el orden moral perturbado por la culpa. La paz del

(1) Apud Antonin. Serm. de Charit.

(2) Serm de Verb. Dom.

(3) Ad Rom. XV, 35.

(1) Ad Rom. XVI. 20

hombre con Dios es el fruto del orden moral, y ora nos castigue, ora nos dé á gustar sus dones, el Dios de la paz solo quiere de nosotros el cumplimiento de sus leyes, la conservacion del orden moral, la union de la tierra con el cielo, de la criatura con el Criador, como necesaria condicion de la verdadera paz porque, como se lee en el libro de Job (1): *Quién resistió jamás á la voluntad de Dios, y disfrutó las delicias de la paz?* El pecador no conoce la paz. No hay paz en el corazon de los impios. Yo leo en los libros santos que la justicia y la paz se besaron; andan juntas como hermanas, es frase de San Agustin, y están unidas con amorosa lazada. ¿Amas la paz, continúa el Obispo de Hipona? Pues tienes que amar la justicia. Pero jamás he leído que pueda haber amistad y concordia entre la paz y la impiedad, entre la virtud y el pecado, entre la justicia y la iniquidad. Consiste la justicia en dar á cada uno su derecho, y á Dios debemos en calidad de criaturas, en calidad de vasallos y como hijos de su amor, obediencia, honor, sumision, y como resumen de todos nuestros deberes

el cumplimiento exacto de todas sus leyes.

Z. M.

— — —
La oracion.
—

Es la señal de nuestro noble origen, el argumento de nuestra dignidad, y la prueba de nuestra realeza. El hombre ora porque es inteligente y racional, y nunca es mas hombre que cuando ora. Los animales no oran, porque son irracionales. El hombre que no ora, ó que niega la oracion, desciende de su trono y se compara á las bestias.

La Condesa de Feria pasaba en la Iglesia todo el tiempo que la permitian sus ocupaciones.

¿Pero qué hace V. tanto tiempo en la Iglesia? le preguntaron en una ocasion. A lo que ella respondió:

¿Qué hace un cortesano ante su rey, y el enfermo ante el médico, el pobre en presencia del rico, y el hambriento cuando le presentan abundante comida? Pues eso mismo hago yo en presencia de Dios.

El alma que no ora es como tierra sin agua, como uno de esos desiertos en que no cae ni una gota de rocío: solo engendran serpientes.

Z. M.

(1) Job. IX.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

El rosario de la abuela.

Era la noche de Todos los Santos. Un silencio solemne reinaba en la gran sala de la quinta de Val d' Ajone, situada en los límites de la selva de Fougères. Nicolás Noilleau, el colono, acababa de echar en el hogar una gran brazada de ramas secas; y la llama, que se levantó chisporroteando, iluminó las fisonomías de cuantos allí estaban, con sus vivos y rojos resplandores. Margait, la buena abuela, sentada un poco atrás en su vistoso sillón de madera, hacia pasar lentamente entre los dedos las cuentas de su rosario. A su alrededor nietos y nietas, niños de ojos azules y cabellos rubios y ensortijados, cambiaban entre sí algunas palabras en voz baja: la actitud de todos ellos era la del recogimiento, casi de la tristeza.

Por fuera la noche era sombría, horrible. El viento helado del norte echaba con siniestros mujidos, la lluvia y el granizo contra los cristales de las ventanas. De tiempo en tiempo, entre dos ráfagas, se oía el fúnebre sonido de las campanas de la parroquia que tocaban por los difuntos.

Cuando la abuela hubo terminado sus rezos, se santiguó y besó la cruz de plata de su rosario.

Annaïk, la pequeña Annaïk, que hacia un instante estaba silenciosa y parecía reflexionar, adelantó su expresiva cabeza sobre las rodillas de la abuela y murmuró dulcemente:

—Ahora una historia abuela, una historia, os lo suplico.

—Sí sí dijo á su vez Jeannie, contadnos una leyenda de los tiempos pasados... Margait movió la cabeza, y una lágrima se deslizó por sus mejillas surcadas de profundas arrugas. Acarició con su mano temblorosa la rubia cabellera de su nieta y respondió:

—¡Ay de mí, queridos míos, yo no me acuerdo hoy mas que de una historia, una sola!... y es bien triste!

—Qué historia es esa abuela? exclamaron los nietos.

—Es la historia de mi rosario. Muchas veces la he contado ya: quizá sereis vosotros los únicos que la ignorais: sois tan niños aún!...

—Cuéntanosla, abuela, dijeron á la vez Annaïk y Jeannie, cuéntanosla.

—Seal contestó la abuela, os la contare: escuchadme. Hace esto mucho tiempo; tanto tiempo que yo no tenia aún vuestra edad. Mi padre como el vuestro cultivaba la granja de Val d' Ajone: como vosotros corria yo entonces por los prados tapizados de flores en la primavera; como vosotros gustaba de oír el canto de los pájaros á la sombra de los grandes árboles, como vosotros, en fin, amaba el alegre clamoreo de las campanas quellaman los domingos á los fieles á la iglesia.

Por aquel tiempo los malvados invadieron el país, las campanas permanecieron silenciosas los domingos, y á la alegría sucedió la tristeza en todas partes. Una tarde vi á nuestro párroco que huía hácia el bosque, perseguido por algunos hombres armados de fusiles y de sables. Habia visto sangre en su cara y en sus vestidos!... Espantada y llorando

corrí á preguntar á mis padres por qué lo perseguían.

—Silencio, querida Margait, me dijo mi madre, estrechándome en sus brazos, silencio, si te oyeran!...

—Qué podemos temer?

—Nos tratarían como á nuestro párrocol!

—Pero, por qué lo persiguen? Por qué querían matarlo?

—Porque es un ministro de Dios, y esos hombres aborrecen á Dios y á los que le sirven. Han hecho ya muchos males. En París han asesinado al rey y á la reina, y han martirizado á su inocente hijo; en Bretaña, en el Maine..., por todas partes hacen correr torrentes de sangre. Pero, mi pequeña Margait, yo te hablo de cosas que tú no puedes comprender... Mas tarde sabrás lo que sufrimos todos.

Mi madre calló. Vi que lloraba, y no me atreví á hacerle mas preguntas.

Pasaron algunos meses. Meses bien tristes hijos míos!

Muchas veces mi padre se ausentaba de la granja en compañía de otros paisanos armados de fusiles, de hoces y de palos; y cada vez, antes de partir, nos abrazaba con tanto cariño como si temiera que no habia de volver á vernos. Yo oía entonces pronunciar en voz baja los nombres de Charelte, Jean Chouan, Almé de Boisgny... eran los jefes á que todo el mundo obedecía; los jefes que habian de salvar al país.

Una tarde, al anochecer, un mensajero entró en este sala. Era en la época del año en que ahora estamos. Fuera, la noche iba haciéndose cada vez mas oscura,

y el viento silvaba, al chocar con las ramas deshojadas de los árboles, como en estos momentos. Habló algunos minutos con mi padre y se levantó para marcharse.

Antes de atravesar el dintel de esa puerta se volvió, y dijo:

—Hasta mañana pues, á primera hora, en la cruz de la landa de Pellmark. El rector de Plouazeck, un santo sacerdote, dirá la misa. Allí estaremos todos, porque es preciso santificar el día de Difuntos.

—Contad conmigo, respondió mi padre.

—Muy bien dijo el mensajero.

Y añadió:

—Es inútil llevar armas.

—Por qué?

—Los azules (1) han abandonado el país. Están hácia el lado de Mayenne, y no hay peligro alguno por ahora.

El desconocido estrechó otra vez la mano de mi padre, y salió para ir á recorrer las granjas de los alrededores. Yo lo ví marcharse con el corazón oprimido: aquel hombre me daba miedo.

A la mañana siguiente mi padre fué, obediente al llamamiento. Muchos amigos lo acompañaron. La landa de Pellmark está muy apartada. Mi madre habia quedado en la granja conmigo y con mis hermanos, mas pequeños aun que yo. El día se pasó tristemente. Hácia la tarde, empezaron á correr por todas partes terrible y lúgubres rumores. Se hablaba de una traición.

—Los azules han sorprendido á los

(1) Nombre que daban los Ven leanos á los soldados de la República.

nuestros! se repetían con angustia unos á otros. Hay muchos muertos y heridos!
—Quiénes son las víctimas? preguntó mi madre.

No lo sabemos, contestaban.

—Se ha salvado alguno?

—Muy pocos.

Nadie podía ó quería decir mas.

Mi madre era una santa mujer llena de valor. Me cojió en sus brazos y me llevó á través de los bosques. Por mucho tiempo caminó así, hiriéndose los piés y la cara en los matorrales del sendero. Cuando se detuvo vi una cruz de piedra que se alzaba delante de nosotros en la oscuridad. Al pié de la cruz habia una masa negra: eran cadáveres. La luna que salió de pronto de una nube, nos permitió ver sus fisonomias, mi madre, dejándome en el suelo, se inclinó hacia ellos. De repente se levantó, arrojando un grito de inmenso dolor. Mi padre querido estaba allí, á nuestros piés, frio, sangriento, inanimado. Su mano derecha, crispada por la muerte, apretaba contra los labios la cruz de plata de su rosario...

Aquel rosario, añadió la abuela, es este mismo, es el mío! .. Lo he conservado como una reliquia; porque está teñido con la sangre de un mártir.....

No tenia yo razon, al decirlos que mi historia era muy triste?

Y ahora, hijos míos, de rodillas: pidamos á Dios, otra vez, un poco por los muertos!

L. Thomin.

Curacion milagrosa.—La Sra. Baronesa Teresa Dalberg, residente en Volosca (Istria), estaba enferma de consuncion y

paralítica. Los médicos mas afamados de Europa la habian asistido, declarando incurable su enfermedad. Era el mes de Mayo de 1886. Aproximábase los últimos momentos de su vida, cuando un religioso capuchino, que habia estado en Lourdes, propuso á la familia que hiciesen algun sacrificio para obtener la curacion de la enferma, además de rezar una novena á la Santísima Virgen. El padre de la Baronesa y su hermano prometieron no fumar en dichos dias; la madre y sus hermanas no tomar café. Al quinto dia de la novena, la madre de la enferma salió corriendo de la alcoba, llamando trémula y emocionada á la familia, diciéndoles que Teresa andaba. En efecto, amos y criados acuden presurosamente y ven á la enferma marchando ágil y con soltura, y diciendo con expresion angelical: «¡Estoy curada!» Todos lloraban, el Baron daba gracias á Dios, y al dia siguiente postrábase la enferma en la Iglesia á recibir la Santa Comunion con universal admiracion y edificacion de los circunstantes. Ha ido despues en peregrinacion á Lourdes á dar gracias á su omnipotente bienhechora, sin que habiendo trascurrido un año haya vuelto á resentirse lo mas mínimo de su pasada dolencia. Todo lo cual prueba cuánto vale la oracion perseverante asociada con la confianza y el sacrificio ó mortificacion por pequeña que parezca al mundo, si Dios se digna valorarla.

Las curaciones de Lourdes.

La señorita Blanca Villain de Bolbec de

20 años de edad, padecía de dispepsia que la hacía sufrir mucho al hacer las digestiones. Después de muchos remedios todos inútiles incluso el sondarle el estómago la enfermedad ha desaparecido completamente el día 23 de Setiembre del 86. Las digestiones son fáciles y su estado general completamente bueno.

La señorita Eugenia Singer de 25 años de edad y que reside en Buan, calle de Bon Secours, padecía según el médico que la visitaba, Dr. Hélot de una Hyarthrose crónica en la rodilla. Después de dos baños en la piscina, este mal que tenía un año ha desaparecido enteramente.

La señorita Blandiet que habita en Heunezis (Canton de Andelys) tenía hacia 7 meses un tumor en el pecho que la producía grandes dolores. Este tumor desapareció el 22 de Setiembre del 86, en el agua de la gruta. No queda la menor señal y los dolores han cesado enteramente.

El médico en jefe del hospicio de Pont-l'Arde afirma en su certificado con fecha 18 de Setiembre que la señora Morel de 68 años y domiciliada en Criquebeuf-sur-Seine, tenía una aciatica que no la dejaba andar hacia 4 meses. Esta enfermedad ya vieja, pues llevaba dos años, y que había resistido á todos los remedios, ha desaparecido súbitamente en la gruta de Lourdes el 22 de Setiembre. La señora Morel anda perfectamente y ya no tiene dolor ninguno.

Sor Maria Camila de 38 años de edad, religiosa de la Congregación de la Santa Infancia que tiene el convento en Versailles, estaba parálitica de los miembros inferiores y con una dispepsia que no la dejaba pasar alimento alguno. La enfermedad la aquejaba hacia 7 años, y el 28 de Setiembre al salir de la piscina estaba completamente curada.

La señorita Maria Renée Castaignede, hija de un propietario muy conocido en las Landas, había adquirido por el verano del 85 una arthropathia que le cogía toda la cadera izquierda. Deseando recobrar pronto la salud había empleado todos los tratamientos que su fortuna le permitía. No la mejoraban, y la enfermedad iba en aumento hasta dejarla casi parálitica. El 20 de Agosto del 86, después de haber recibido la bendición del Obispo de Cagliasi se bañó en una piscina de Lourdes. Se metió en el baño con piedad, pero sin esperar la curación, pero al salir del agua se encontró que lo que no pudo hacer el arte lo hizo la Virgen. Estaba completamente curada.

La señorita Luisa Harmant de París, estaba en un estado muy alarmante. Hacía dos años que todos lo que la rodeaban observaban en ella todos los fenómenos que corresponden ordinariamente á la presencia en el estómago de un cáncer. El médico de la señorita Harmant decía que no tenía cura y no la daba más que algunos meses de vida.

La pobre enferma llevaba la enfermedad con gran resignación. Viendo que los médicos no la curaban volvió sus mi-

radas hacia la Virgen Inmaculada y precitada de la bendición de su madre salió para Lourdes. El 25 de Agosto del 86 al salir de la piscina estaba transformada por completo. Recobró las fuerzas enteramente, desde entonces como sin dificultad, digiere perfectamente. En una palabra está curada.

El Sr. Guillaume de 42 años, estaba afectado de una artralgia que le hacia la vida muy dolorosa, y no podía andar. Durante su corta estancia en Lourdes en los primeros días de Setiembre, sus sufrimientos han cesado de existir y marcha con gran facilidad.

La señorita Sofía Sair que reside en Nantes, calle de las Orfelinas, estaba en un estado verdaderamente grave. Estaba haciendo un noviciado en la casa matriz de las hermanas de San Vicente de Paul, cuando adquirió una enfermedad que le durado hasta el 1.º de Setiembre del 86.

Todos los días tenía vómitos de sangre, que la hicieron llegar á un gran estado de debilidad. El día 1.º de Setiembre recobró en Lourdes la salud por completo. Su aspecto era excelente, recobró las fuerzas y hoy día está completamente bien.

El soldado y el rosario.—Hubo un soldado que en los últimos años de su vida, extenuado por las heridas y las fatigas, vino á parar en el hospital.

Si envejeciera en los cuarteles y en los campos de batalla, en cambio, por una especie de prodigio debido á la excelente educación religiosa que había recibido, conservaba el corazo entero y

siempre dispuesto á las inspiraciones piadosas.

Visitólo un sacerdote, le habló de las excelencias del Rosario y le animó á rezarlo.

El viejo soldado se dió á esta santa devoción, y halló en ella tan celestiales consuelos, que no podía contener las lágrimas cuando pensaba en los años que se le habían pasado sin tener noticia de ella.

—Si lo hubiese conocido antes, esclamaba, lo hubiera rezado todos los días.

Era tanta su pena de haber pasado sesenta años en esta ignorancia, que se esmeraba en suplirla rezando muchas partes del Rosario al día.

Frecuentemente solía decir:

—Si la Santísima Virgen me alcanza tres años de vida, voy á rezar tantos rosarios como días cuento de existencia.

Y preguntó cuantos días tienen sesenta años...

—Veintium mil y novecientos, le contestaron.

Y siguió preguntando:

—¿Y á cuantas partes salen al día?

—A veinte.

Y el viejo soldado se impuso la gratísima tarea de rezarlas. Noche y día se le via con los rosarios en la mano, y á los tres años cabales, transfigurado por la piedad y gozando una dicha imponderable, completó la cuenta, pero de tal modo, que no vivió ni un día, ni una hora mas.

Espiró rezando la última *Ave-Maria* del último Rosario.

¡Dichoso él!